

El coronavirus en la tierra santa

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

Abril se presentaba excelente para la actividad turística en Israel y en Palestina. La coincidencia de la Pascua judía con la Semana Santa romana auguraba un notable número de desplazamientos, interiores y exteriores, reactivando así un sector muy expuesto a los vaivenes políticos de la región. La temporada se debía prolongar gracias a la Pascua ortodoxa, a cuya rama pertenece la mayoría de los palestinos cristianos. La relativa tranquilidad de los últimos meses hacía presagiar un buen momento para el turismo. Sin embargo, el Covid-19 ha echado al traste estas expectativas. De hecho, Israel fue de los primeros países que cerró sus fronteras a los viajeros procedentes de aeropuertos italianos, españoles y franceses, obligándoles a cumplir una cuarentena al llegar a Tel Aviv. Las propias autoridades de Ramala también clausuraron sus lindes para evitar contagios en una Cisjordania donde la infraestructura sanitaria tiene evidentes carencias. Toda precaución no es suficiente para un territorio de por sí muy castigado. En consecuencia, quienes teníamos previsto viajar a la zona nos hemos tenido que quedar en casa confinados, como tantos millones en el resto del mundo.

No obstante, aparte de la tragedia humana que está suponiendo, de la fuerte presión sobre los hospitales y de la ruina económica generada, el coronavirus está teniendo igualmente un fuerte impacto desde el punto de vista político. Lo observamos en Europa con las atribuciones extraordinarias que se ha arrogado Viktor Orbán en Hungría. Ha sido una medida muy criticada en el seno de la Unión Europea, pero algo parecido ha sucedido en Israel, por ejemplo. Cabe recordar que aquí han celebrado tres elecciones a la presidencia de gobierno en un año y que el estado de atasco en que se encontraba se ha visto sorprendido por la pandemia. Por un lado, las fuerzas políticas con representación en el Parlamento aún no habían logrado buscar una coalición con la mayoría necesaria para lograr la estabilidad. Y, por otro, Benjamín Netanyahu ha visto que el juicio contra él que debía haber comenzado el 18 de marzo se ha suspendido sine die. De suerte que ha logrado evitar sentarse en el banquillo por los tres delitos de corrupción de los que ha sido acusado por la Fiscalía General del Estado.

Por ende, ha conseguido seguir ostentando la jefatura del ejecutivo en medio de esta crisis sanitaria. Los planes de Benny Gantz, líder del partido Azul y Blanco, de acudir a la Cámara el 23 de marzo con una mayoría que desbancase a Netanyahu definitivamente del poder se desvanecieron, ya que no se ha podido celebrar ninguna sesión. Bibi ha logrado subsistir, de momento, en el cargo en funciones, pero ahí está: desplegando gran actividad contra la enfermedad y ganando terreno para su posible reelección cuando esto haya pasado. Veremos cómo juega sus cartas, qué hace Gantz y cómo actúa la Justicia. De momento, sigue siendo un hombre con baraka. Esto era previsible. Sin embargo, en Israel se ha empezado a controlar a la población mediante la geolocalización de sus móviles. El objetivo inicial es asegurarse de que todo el mundo permanece en sus casas, pero, ojo, porque es la misma tecnología que se emplea para combatir el terrorismo en los territorios ocupados. Lo grave, no obstante, es que se ha hecho mediante un decreto de urgencia, es decir, sin supervisión alguna, lo que constituye una clara extralimitación de sus facultades y, por tanto, un ataque flagrante a la democracia. En especial, porque estamos hablando de un gabinete prorrogado. De ahí que la oposición y ciertos intelectuales se planteen si el objetivo final no es realmente otro, más perverso que el de combatir al virus.

En el vecino Líbano la situación es distinta, aunque el influjo político del Covid-19 es asimismo evidente. En este caso las protestas que surgieron hace unos meses y que han provocado la dimisión del primer ministro Saad Hariri han quedado interrumpidas. Muchos libaneses venían reclamando una transformación profunda del sistema, controlado por una casta que se reparte el poder según la adscripción religiosa reconocida por la Constitución. En Beirut el epicentro de las reivindicaciones era la Plaza de los Mártires, un espacio ahora impersonal cerca de la mezquita neo-otomana Azul y del mausoleo de Rafic Hariri. Hartos de los constantes bloqueos políticos, del elevado coste de los productos (la mayoría importados), de la inflación, de la grave crisis económica o de los diarios cortes de luz, miles de beirutíes se reunían en el que antes de la guerra (1975-1990) era el centro neurálgico de la ciudad, con sus cafés, restaurantes y teatros, para pedir cambios. Ahora ya nadie se manifiesta, pues, aunque en Líbano las restricciones son menos estrictas que en España, lo cierto es que las multitudes son evitadas. De momento, sólo han logrado el nombramiento de un nuevo primer ministro, el profesor Hasán Diab, pero poco más. Habrá que ver si la vuelta a la normalidad supone novedades en el régimen libanés, el cual, pese a las críticas, ha evitado un nuevo conflicto bélico durante todo este tiempo.

13 de abril de 2020